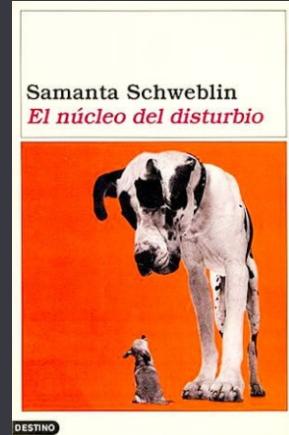




Visita al territorio de Samanta Schweblin



La Escalera

Lugar de lecturas

Hacia la alegre civilización de la Capital

Ha perdido su pasaje y tras las rejas blancas de la boletería se le ha negado la compra de otro por falta de cambio. Desde un banquito de la estación, mira el inmenso campo seco que se abre hacia los lados e intuye que pronto sucederá algo terrible. Cruza las piernas y extiende las páginas del periódico para encontrar artículos que apuren el paso del tiempo. La noche cubre el cielo y a lo lejos, sobre la línea negra en la que se pierden los rieles de la estación, una luz amarilla anuncia próximo el último tren de la tarde. Gruner se incorpora. El diario cuelga de su mano como un arma que ya no tiene utilidad. Adivina en la ventanilla de la boletería una sonrisa que, oculta tras las rejas, está exclusivamente dirigida a él. Un perro flaco que antes dormía se incorpora atento. Gruner avanza hacia la ventanilla, confía en la hospitalidad de la gente de campo, en la camaradería masculina, en la buena voluntad que nace en los hombres que son bien encarados. Va a decir por favor, qué le cuesta, usted sabe que ya no hay tiempo de encontrar cambio. Y si el hombre se niega va a preguntar por otras opciones, usted sabe, comprar el boleto en el tren o, al llegar, pedirlo en la boletería de la terminal. Hágame un vale al menos, facilíteme un papel que indique que debo abonarlo después. Pero al llegar a la ventanilla, cuando las luces del tren prolongan las sombras y la bocina es fuerte y molesta, Gruner descubre que tras las rejas no hay nadie, sólo un banco alto y una mesa atiborrada de inscripciones sin sellar, futuros boletos hacia distintos destinos. Con el tren que entra a la estación a velocidad considerable, los ojos de Gruner encuentran, a un lado de las vías y en el campo, al hombre que aún sonríe y mediante señas indica al conductor que no debe detenerse. Después, al alejarse el sonido de la máquina, el perro vuelve a echarse y una lámpara de la estación parpadea hasta apagarse por completo. El diario ahora enroscado vuelve a apoyarse en el regazo de Gruner sin que ninguna conclusión logre incorporarlo para ir en busca del miserable que le ha negado la civilización alegre de la Capital.

Todo permanece quieto y en silencio. Incluso Gruner, sentado en la punta de un banco con la noche fresca pasando entre su ropa, permanece inmóvil y respira con tranquilidad. Una sombra que él no ve se mueve entre faros de luz y bancos de plaza y se revela como el hombre de la boletería cuando, ya sin sonreír, se sienta en la otra punta del banco y apoya junto a él un tazón con un líquido humeante. Después lo arrastra hasta dejarlo a unos pocos centímetros de Gruner, que nota en el hombre una falsa indiferencia y comprende que espera su petición. Pero, impaciente, el hombre no puede contenerse y habla. Se aclara la garganta para asegurar que uno no sabe el bien que tiene hasta que lo pierde y, como quien busca algo que no encuentra, mira el gran campo negro que se extiende frente a ellos. Gruner, con el humo del tazón despertándole el apetito, se concentra en la resistencia. Piensa que después de todo, de alguna forma llegará a la Capital y podrá denunciar lo ocurrido. Pero pronto descubre que sin querer ha acercado su mano al tazón, y el calor entre los dedos lo distrae. Si quiere hay más, dice el hombre, y entonces Gruner, no, él no lo hubiese hecho, las manos de Gruner, toman el cálido recipiente y lo llevan a la boca, donde

como un remedio milagroso reanima el cuerpo que deja de temblar. Con el último sorbo comprende que, de tratarse de una guerra, el miserable contaría ya con dos batallas ganadas. Porque ahora, tras la cálida saciedad, sigue una cólera de difícil contención que obliga a Gruner a cerrar los puños mientras el hombre, victorioso, se incorpora, toma el tazón vacío y se aleja.

El perro permanece enroscado, el hocico escondido entre el estómago y las patas traseras, y aunque Gruner lo ha llamado varias veces no hace caso. Se le ocurre que lo que había en el tazón era la comida del perro y está preocupado por saber cuánto tiempo hace que ese perro está allí. Saber si en algún momento ese perro también habrá querido viajar de un sitio a otro, como él esa misma tarde. Tiene la ocurrencia de que los perros del mundo son el resultado de hombres cuyos objetivos de desplazamiento han fracasado. Hombres alimentados y retenidos a puro caldo humeante, a los que los pelos les crecen y las orejas se les caen y la cola se les estira, un sentimiento de terror y frío que incita a todos al silencio, a permanecer acurrucados bajo algún banco de estación, contemplando a los nuevos fracasados que, como él, aún con esperanza, aguardan impávidos la oportunidad de su viaje.

Una sombra se mueve en la boletería. Gruner se incorpora y camina con decisión. Desde el enrejado blanco escapan vapores de calefacción impregnados de aromas hogareños. El hombre sonríe con amabilidad y ofrece más caldo. Gruner pregunta a qué hora pasa el próximo tren y es informado: todavía falta, dice el hombre, y su mano ofendida cierra la ventana de la boletería para dejarlo otra vez solo.

Todo se repite como en un ciclo natural, piensa Gruner una hora más tarde mientras observa desolado la nueva línea de vagones que otra vez se aleja reproduciendo la imagen del tren anterior. De todos modos amanecerá y los trabajadores se acercarán a la estación para comprar boletos, muchos de ellos probablemente con cambio. Si hay trenes a la Capital es gracias a los pasajeros que cada mañana deben volver a viajar en tren. Sí, en cuanto llegue denunciará a ese hombre y en algún día libre regresará con cambio a la estación del miserable sólo para comprobar que él ya no trabaja allí. Con el alivio de esa certeza se sienta en el banco y aguarda. Pasa un tiempo en el que los ojos de Gruner se acostumbran a la noche y leen formas hasta en los sitios más oscuros.

Así es como descubre a la mujer, su figura apoyada en el marco de la puerta del salón de espera, y el gesto de su mano que lo invita a pasar. Gruner, seguro de que el gesto ha sido para él, se incorpora y camina hacia ella, que sonríe y en efecto lo invita a pasar.

En la mesa hay tres platos, los tres servidos, y la comida humeante no es sopa, caldo, o comida para perros, sino presas sustanciosas bañadas en una aromática crema blanca. Huele a pollo, a queso y a papa, y después, cuando la mujer suma a la mesa la cacerola repleta de verduras, Gruner recuerda las cenas típicas de la alegre civilización de la Capital. Aquel hombre miserable, inaccesible a la hora de comprar un boleto, entra y ofrece a Gruner un asiento.

—Siéntese, por favor. Como en su casa.

El hombre y la mujer comen satisfechos. Junto a ellos está Gruner, con su plato también servido. Sabe que afuera el frío es húmedo e inhóspito y sabe también que ha perdido otra batalla, puesto que no tarda en llevarse a la boca el primer bocado de una exquisita presa de pollo.

Pero la comida no asegura una pronta salida.

—Usted no me vende el boleto por alguna razón —dice Gruner.

El hombre mira a la mujer y reclama un postre. Del horno surge una tarta de manzana que pronto se reparte equitativamente. La mujer y el hombre se abrazan con ternura al ver cómo Gruner devora su porción.

—Pe, llévalo al cuarto que debe estar cansado —dice la mujer, y entonces el primer bocado de una segunda porción de tarta que se dirigía a la boca de Gruner se detiene y espera.

Pe se incorpora y pide a Gruner que lo acompañe.

—Puede dormir adentro. Afuera hace frío. No hay más trenes hasta la mañana.

No hay opción, piensa Gruner, y deja el resto de tarta para seguir al hombre hasta el cuarto de huéspedes.

—Su cuarto —dice el hombre.

Gruner no pagará por esto, piensa Gruner, mientras comprueba que las dos frazadas de la cama son nuevas y abrigadas. Hará la denuncia de todos modos, la hospitalidad no compensa lo ocurrido. Del cuarto de al lado llegan débiles los comentarios de la pareja. Antes de quedarse dormido, Gruner escucha a la mujer decirle a Pe que debe ser más cariñoso, que el hombre está solo y debe extrañar, y la voz de un Pe ofendido, contando cómo lo único que le importa a ese miserable es comprar su boleto de regreso. Desagradecido es lo último que llega a sus oídos, el sonido de la palabra se pierde gradualmente y renace por la mañana cuando el silbato de un tren que ya se aleja de la estación lo despierta en un nuevo día en el campo.

—No lo despertamos porque dormía muy tranquilo —dice la mujer—; espero que no le moleste.

Café con leche caliente y tostadas de canela con manteca y miel. Mientras Gruner desayuna en silencio, sigue con la mirada los pasos de la mujer que cocina lo que al parecer será el almuerzo. Entonces algo ocurre. Un oficinista, un hombre de facciones orientales vestido como él, uno que posiblemente tome el próximo tren y lleve consigo suficiente cambio para dos boletos, entra a la cocina y saluda a la mujer.

—Hola Fi —dice, y con el cariño de un hijo besa a la mujer en la mejilla—, ya terminé afuera, ¿ayudo a Pe en el campo?

Una vez más, la comida que se dirigía a la boca de Gruner, en este caso una tostada, se detiene a mitad de camino y permanece en el aire.

—No, Cho, gracias —dice Fi—, Gong y Gill ya fueron, tres alcanzan para eso, ¿podrías conseguir un conejo para la cena?

—Seguro —responde Cho que, ganando entusiasmo, toma el rifle que cuelga junto a la chimenea y se retira.

La tostada de Gruner regresa al plato y queda allí. Gruner va a preguntar algo pero entonces la puerta vuelve a abrirse y otra vez entra Cho, que primero lo mira a él, y después, con curiosidad, se dirige a la mujer.

—¿Es nuevo? —pregunta.

Fi sonríe y mira a Gruner con cariño.

—Llegó ayer.

La tostada ya no vuelve a dirigirse a la boca de Gruner. Cuando él se retira la mujer levanta el plato y deja caer su contenido en un gran tacho, junto al resto de la basura.

Las acciones de Gruner en el primer día son iguales a las de todas las personas que alguna vez estuvieron en esa situación. Recluirse ofendido y pasar la mañana junto a la boletería de un tren que no llega. Después, negarse a almorzar y, por la tarde, estudiar en secreto las actividades del grupo. Bajo el mando de Pe, los oficinistas trabajan la tierra. Descalzos, los pantalones arremangados hasta los tobillos, sonríen y festejan sus propias ocurrencias sin perder el ritmo de sus tareas. Después Fi trae té para todos y todos, Pe, Cho, Gong y Gill, le hacen señas a Gruner, que se creía oculto, para invitarlo a unirse al grupo.

Pero Gruner, lo sabemos, se niega. Nada más terco que un oficinista como él. De escritorios sin divisiones, pero con línea telefónica particular, en el campo aún conserva su orgullo y sentado en un banco de madera se esfuerza por permanecer inmóvil durante toda la tarde. Aunque no pase ningún tren, piensa. Aunque me pudra en este asiento. Hasta que la noche los reúne a todos en la preparación de una cálida cena familiar, donde las luces de la casa se encienden poco a poco y los primeros aromas de lo que será una gran comida escapan hacia el frío por las rendijas de las puertas. Gruner, con la paciencia y el orgullo atenuados con el correr del día, se rinde sin culpa y se prepara para aceptar la invitación, una puerta que se abre y la mujer que, como en la noche anterior, lo invita a pasar. Dentro, el murmullo familiar y un Pe que con fraternales palmadas felicita a sus hombrecitos de oficina mientras ellos, agradecidos por todo, preparan una mesa que a Gruner le recuerda a aquellas íntimas festividades navideñas de su infancia y, por qué no, a la alegre civilización de la Capital. Ante el complacido rostro de cazador exitoso, el rostro de un Cho triunfal, se sirve un conejo que no ahora, pero sí en otros tiempos, ha corrido alegremente por el campo que rodea las instalaciones. En la mesa rectangular, Pe y Fi se ubican a las cabeceras. A un lado se encuentran los oficinistas y, solo frente a ellos, Gruner, que a pedido de Gong y Gill pasa a uno y a otro lado de la mesa un salero que se solicita constantemente pero nunca alcanza a ser utilizado, hasta que Pe descubre que en las caras infantiles de Gong y Gill crecen sonrisas ansiosas e infectadas de malicia, y con un llamado de atención concede a Gruner la posibilidad de abstenerse de ese pase agotador y de probar, por fin y ya de noche, su primer bocado del día.

En los días siguientes Gruner ensaya diversas estrategias. Sobornar a Pe, o incluso a Fi, en busca de cambio es lo primero que se le ocurre. Después, con lágrimas en los ojos, ofrecer el boleto a la ciudad a cambio de todo su dinero, nada de vuelto, suplica, quédese con todo, suplica una y otra vez, y escucha con desesperación una respuesta que habla de cierta ética ferroviaria que implica la imposibilidad de quedarse con dinero ajeno. Propone Gruner en esos días comprarles algo. La suma del precio de su boleto más cualquier cosa que ellos deseen venderle será el total de su dinero, el trato sería perfecto. Pero tampoco. Y debe soportar las risas escondidas de los oficinistas, y otra cena en familia. Las primeras tareas de Gruner que comienzan a hacerse habituales son el lavado de los platos después de la cena y, en la mañana, la preparación de la comida del perro. Después suplica otra vez. Ofrece pagar a cambio de su trabajo. Pagar por cualquier cosa, pagar por la merienda. Arrimarse poco a poco a las tareas de campo. Charlar una que otra vez con los hombrecitos de oficina. Descubrir en Gong facultades increíbles en lo que se refiere a teorías de eficiencia y trabajo grupal. En Gill, a un abogado de alto prestigio. En Cho, a un contador capaz. Volver a llorar frente a la boletería y por la noche ofrecerse para preparar el almuerzo del día siguiente. Cazar con Cho conejos de campo, sugerir pagar en agradecimiento a la buena voluntad de la familia, pagar al menos los servicios de cocina. Procurar saber cómo se hace esto y cómo lo otro y procurar también pagar por aquella información tan importante, que la cosecha se levanta por la mañana cuando aún el sol no molesta, y las horas del mediodía se destinan a las tareas de la casa. Y cada tanto, con la esperanza que sólo renace en algunos días, la de conseguir cambio para pagar su pasaje, sentarse en el banco de la estación y contemplar un nuevo tren que, ante las inevitables señas de Pe, pasa sin detenerse.

Después, poco a poco, considerar la alegría oficinista como una falsa alegría. Sospechar de todo aquello, del ingenuo agradecimiento de Cho, de la animosa hospitalidad de Gong y de la constante actitud servicial de Gill, e intuir en todos ellos las acciones de un plan secreto contrario al amor que Pe y Fi les profesan. Y al escuchar a Cho proponer armar la cama de Papá y Mamá, confirma su teoría cuando juntos, los cuatro, Gruner también, entran a la habitación matrimonial y en equipo extienden las sábanas y controlan los pliegues que mal doblados podrían dibujar diagonales. Entonces Gong sonríe y mira a Gill, y juntos, enfrentados a los lados de la cama, levantan cada uno una almohada y, ante la mirada sorprendida de Gruner y Cho, escupen las sábanas antes de volver a apoyarlas.

Es el momento en que están rebelándose y Gruner lo sabe, tanto amor no podía ser real. Así que se anima y con voz temblorosa, que sin embargo se afianza hacia el final, pregunta:

—¿Tienen cambio?

Los tres parecen sorprendidos. Quizá la pregunta aún es precipitada, pero también lo es la respuesta:

—¿Y usted?

Gruner dice:

—¿Creen que estaría acá?

Y ellos:

—¿Y nosotros?

En un largo silencio las conclusiones de todos parecen encontrarse y formular un plan que, aún no definido, los une ahora en un reciente pero sincero sentimiento de hermandad. Como si esa acción pudiese ocultar las palabras pronunciadas, Gill acomoda con timidez las sábanas de una cama que aún no se ha desarreglado. Es así que en la noche, cuando renace el eufórico amor familiar, Gruner comprende que todo es y ha sido siempre parte de una farsa que ha comenzado muchos años antes de su llegada. Nada le impide entonces disfrutar de los consejos instructivos de Pe ni de los besos tiernos que Fi reparte en la frente de sus hombrecitos cuando éstos se despiden para ir a dormir. Por la mañana se somete con gusto a las actividades cotidianas, y en la noche, cuando la duda lo invade y reconsidera el plan como una táctica audaz de su autoengaño, descubre que los ruidos que ahora lo molestan en su cuarto son en realidad pequeños golpecitos de alguien que llama a su puerta. Golpecitos que, como claves a descifrar, lo invitan a incorporarse, abrir, y descubrir a un Cho ansioso que bajo el mando organizativo de Gong ha ido a buscarlo para participar de su primera reunión.

El encuentro es en los baños públicos, junto a la boletería. Gill, eficiente, ha tapado con cartón las ventanas rotas para que no pase el frío y ha conseguido velas y comida. Encendidas las primeras y presentada la segunda, todo se dispone sobre un mantel prolíjamente extendido en el piso del centro del baño. Sentados como indios pero con la profesionalidad atenta de los verdaderos oficinistas, los cuatro se ubican alrededor del mantel y reúnen su dinero en la mano de Gong. Cuatro billetes grandes y nuevos. Es raro para Gruner descubrir en las caras infantiles de sus compañeros una expresión para él desconocida hasta entonces, mezcla de angustia y recelo. Quizá hace meses, hace años que están aquí, quizás sospechan que en la Capital ya han perdido todo. Mujeres, hijos, trabajo, un hogar, esas cosas que podrían tenerse antes de quedar varado en una estación como ésta. Los ojos de Gill se humedecen y pronto sobre el mantel cae una lágrima. Cho le da a Gill unas palmadas en la espalda y le hace apoyar la cabeza en su hombro. Entonces Gong mira a Gruner; saben que Gill y Cho son débiles, que están agotados y que ya no creen en la posibilidad de un escape sino sólo en el penoso consuelo de más días de campo. Gong y Gruner, que son fuertes, deberán luchar por los cuatro. Un plan implacable, piensa Gruner, y en la mirada de Gong descubre a un compañero que sigue con atención todos sus pensamientos. Gill continúa llorando, y se lamenta:

—Con todo este dinero podemos comprarles parte de la huerta, y al menos vivir de forma independiente...

—Hay que detener el tren —propone Gong, con seriedad desconocida.

—¿Qué pretende? —dice Gruner—. ¿Cómo se detiene un tren?, acá hay que ser realista, la objetividad es la base de todo buen plan.

—Díganos, Gruner, ¿por qué cree usted que el tren no para? —dice Gong.

Y la respuesta ansiosa de Cho es:

—Por las señales de Pe, que avisa que no hay pasajeros y por eso los trenes no paran.

—Cho, deje que Gruner deduzca solo... —dice Gong, y aclara—: Como verá, Gruner, detener el tren sí es posible. Sólo es cuestión de reemplazar a Pe por uno de nosotros y cuando el tren se acerque no hacer ninguna señal.

—Habrá que rezar para que la ausencia de señal signifique para el conductor que debe detenerse —dice Gruner—; de tantas veces que pasó de largo debe estar acostumbrado.

—Habrá que rezar —repite Gill, limpiándose los ojos con una servilleta de papel.

Todo sucede como debe suceder, como el plan lo indica. Antes que nada, amanece. Fi se asoma por la puerta de la cocina e invita a la familia a desayunar. Los pequeños oficinistas, cada uno en su cuarto, colocan calcetines en sus pies, sacos sobre los piyamas, alpargatas en los pies con calcetines. Pe es el primero en utilizar el baño y el resto sigue por orden de llegada: Gong, Gill, Cho, y al fin Gruner, que como se sabe último aprovecha el tiempo para alimentar al perro, que a esa hora aguarda en la puerta. Fi saluda a todos y los apura para que el desayuno no se enfrié. Entonces Cho distrae a Fi llevándola hasta la ventana y señalándole algo en el campo, quizá un posible animal para almorzar o cenar ese día. Mientras tanto, Gong vigila el baño para que Pe no salga, después de todo el turno siguiente es el suyo y no es raro que aguarde junto a la puerta. Y es ahí que Gruner y Gill diluyen en la gran taza de café de Pe las pastillas sedantes que han robado de la mesita de luz de Fi. Cuando todos están sentados y la ceremonia del desayuno puede comenzar, los oficinistas no hacen otra cosa que mirar la taza de Pe. Pero en la concentración que implica esa primera comida, ni Pe ni Fi perciben las miradas y con las delicias que se sirven a la mesa los mismos oficinistas olvidan el tema. Al concluir, Gill levanta la mesa y Cho lava la vajilla. Gong y Gruner declaran que irán a ordenar los cuartos y a tender las camas y ante la permisiva sonrisa de Fi, se retiran.

En el cuarto de Gruner, lugar acordado para el encuentro posterior al triunfo de la primera parte del plan, los oficinistas, o mejor dicho, Gill y Cho, y no Gong y Gruner, encuentran la nostalgia. Porque Gill cree que después de todo Fi ha sido como su madre y Cho acepta que ha aprendido mucho sobre el campo de la mano de un hombre como Pe. Las horas de trabajo conjunto y los desayunos en familia no podrán ser olvidados con facilidad. Gong y Gruner realizan actividades paralelas a estas conclusiones: empacar en bolsitas unos pocos recuerdos, como piedritas y otras cosas que han recolectado Gill y Cho, y algunas manzanas para degustar en el viaje de regreso.

Entonces suena la alarma del reloj de Gong, y suena porque es la hora. Pronto pasará el tren, porque este es el preciso momento en que todos los días Pe se incorpora del matinal sillón de lectura y camina hacia el campo para colocarse junto a las vías y efectuar la señal. Gruner se incorpora, se incorpora también Gong, y ahora todo está en manos de ellos. Gill y Cho aguardarán sentados en el banco de la estación. En el living encuentran a Pe dormido en su sofá. Prueban con palabras fuertes y ruidosas: roer, estrepitar y escudriñar son las propuestas por Gong, rapataplan es la elegida por Gruner y la repite tres veces, pero Pe, sumido en el profundo sueño que provocan los sedantes, no despierta. Gill lo besa en la frente y Cho lo imita, en sus ojos hay lágrimas de despedida. Gong se asegura de que Fi se encuentre en el jardín trasero, regando sus plantas como cada mañana, y allí está. Perfecto, se dicen entre sí, y al fin salen de la casa. Gill y Cho hacia la estación, Gong y Gruner hacia el campo, bordeando las vías. En el horizonte, el humo de un tren que aún no se ve pero ya se oye.

Después de dar varios pasos, Gong se detiene. Gruner deberá seguir, se necesita sólo un hombre para hacer la no señal. Tras aceptar las palmadas de Gong, Gruner continúa andando. Va a ser difícil ver el tren acercarse y desear que se detenga, y sin embargo sólo contar con la no señal. Permanecer junto a las vías sin hacer nada, sólo rezar, como dijo Gill, porque quizás esa sea la señal de Dios para que el tren se detenga.

El tren se acerca, avanza sobre las dos líneas que cruzan el campo de horizonte a horizonte. Y pronto está sobre la estación. Gruner se concentra. Permanece tan quieto como le es posible, y cuando el tren pasa junto a él le es difícil deducir si ese es el ruido de un tren que acelera o de uno que va a detenerse. Entonces mueve los ojos hacia abajo, hacia las ruedas que siguen los rieles y nota que los brazos de hierro que lo empujan comienzan a disminuir el énfasis de su marcha. No ve a Gong, no sabe dónde está, pero escucha sus gritos de alegría. El tren se aleja de él y Gruner puede comprobar cómo, en la estación, se detiene del todo. Victorioso, contempla de qué forma la estación comienza a poblararse de pasajeros y, distraído por los ruidos del tumulto, deja de escuchar los gritos desesperados de Gong que lo llaman. Sólo después de un rato, cuando el silbato del tren suena dos veces, comprende que los gritos le advierten lo lejos que se encuentra él de la estación y al descubrir la gran distancia que lo separa del tren comienza a correr tan rápido como puede.

En la estación, Gill y Cho, para subir al tren, deben empujar a decenas y decenas de pasajeros que aún descienden. La estación repleta de gente, valijas y paquetes. Comentarios de sorpresa y llanto. Lágrimas de emoción. Gente que se abraza y exclama:

—Pensé que nunca podríamos bajar —y llora.

—Hace años que viajo en este tren, pero hoy al fin he logrado llegar —dicen, y se abrazan.

—Ya no recuerdo el pueblo, y en cambio ahora, de pronto, llegar... —dicen y, agotados, se sientan en los bancos de la estación.

Gente que festeja y grita, gente que ya no cabe en la estación. Entonces un nuevo silbato y el ruido del tren que comienza a arrancar. Gruner, con la asistencia de Gong que lo ayuda a treparse, sube a la estación sin perder tiempo en ir hasta las escaleras. Un grupo de hombres ha desempacado sus instrumentos y tocan una melodía alegre para celebrar la ocasión. Gong y Gruner avanzan entre niños, hombres, mujeres, globos y serpentinas, y antes de que puedan llegar a la primera puerta el tren ya avanza junto a ellos. Es entonces cuando Gruner ve, entre los colores alegres de los pasajeros jubilosos que lograron descender, la figura delgada y gris de un perro al que él conoce, y se detiene.

—¡Gruner! —grita Gong, que ya ha alcanzado la primera puerta.

—Sin el perro no me voy —declara Gruner, y como si esas palabras le diesen la fuerza que necesitaba para hacerlo, retrocede hasta el animal y lo alza en brazos. El perro se deja llevar, su cara de espanto avanza gracias a Gruner entre cuerpos eufóricos que no llegan a advertir el peligro y la desesperación que viven ellos cuatro. Gruner alcanza la cola del tren y se empareja con ella. Intuye que desde alguna ventana Gill y Cho lo observan con lágrimas en los ojos, y sabe que no puede fallarles. Una mano fuerte, que es la de Gruner, se aferra a uno de los caños que forman las rejas de la escalera trasera del tren y el mismo impulso de la velocidad de la máquina desprende a Gruner y al perro de la estación como de un recuerdo que se ha pisado hasta hace poco pero que ahora se aleja y se pierde como una mancha en el campo verde.

La puerta trasera del vagón se abre y Gong ayuda a Gruner a subir. Dentro Gill y Cho toman al perro y felicitan a Gruner. Están los cuatro, los cinco, y están a salvo. Pero, y siempre hay un pero, en la puerta trasera hay una ventana, y desde esa ventana aún pueden verse vestigios de esa mancha que se aleja en el campo. Una mancha que, ellos lo saben, es una estación llena de gente alegre, repleta de artículos de oficina y probablemente repleta de cambio. Una mancha que ha sido para ellos un sitio de amargura y miedo y que sin embargo ahora, imaginan, se asemeja a la civilización alegre de la Capital. Una última sensación, común a todos, es de espanto: intuir que, al llegar a destino, ya no habrá nada.

Matar a un perro

El Topo dice: nombre, y yo contesto. Lo esperé en el lugar indicado y me pasó a buscar en el Peugeot que ahora conduzco. Acabamos de conocernos. No me mira, dicen que nunca mira a nadie a los ojos. Edad, dice, cuarenta y dos, digo, y cuando dice que soy viejo pienso que él seguro tiene más. Lleva unos pequeños anteojos negros y debe ser por eso que le dicen el Topo. Me ordena conducir hasta la plaza más cercana, se acomoda en el asiento y se relaja. La prueba es fácil pero es muy importante superarla y por eso estoy nervioso. Si no hago las cosas bien no entro, y si no entro no hay plata, no hay otra razón para entrar. Matar a un perro a palazos en el puerto de Buenos Aires es la prueba para saber si uno es capaz de hacer algo peor. Ellos dicen: algo peor, y miran hacia otro lado medio disimulando, como si nosotros, la gente que todavía no entró, no supiéramos que peor es matar a una persona, golpear a una persona, golpear a una persona hasta matarla.

Cuando la avenida se divide en dos calles opto por la más oscura. Una línea de semáforos rojos cambia a verde, uno tras otro, y permite avanzar rápido hasta que entre los edificios surge un espacio oscuro y verde. Pienso que quizás en esa plaza no haya perros, y el Topo ordena detenerse. Usted no trae palo, dice. No, digo. Pero no va a matar un perro a palazos si no tiene con qué. Lo miro pero no contesto, sé que va a decir algo, porque ahora lo conozco, es fácil conocerlo. Pero disfruta el silencio, disfruta pensar que cada palabra que diga son puntos en mi contra. Entonces traga saliva y parece pensar: no vas a matar a nadie. Y al fin dice: hoy tiene una pala en el baúl, puede usarla. Y seguro que debajo de los anteojos los ojos le brillan de placer.

Alrededor de la fuente central duermen varios perros. La pala firme entre mis manos, la oportunidad puede darse en cualquier momento, me voy acercando. Algunos comienzan a despertar. Bostezan, se incorporan, se miran entre sí, me miran, gruñen, y a medida que me voy acercando se hacen a un lado. Matar a alguien en especial, alguien ya elegido, es fácil. Pero tener que elegir quién deberá morir requiere tiempo y experiencia. El perro más viejo o el más lindo o el de aspecto más agresivo. Debo elegir. Seguro que el Topo mira desde el auto y sonríe. Debe pensar que nadie que no sea como ellos es capaz de matar.

Me rodean y me huelen, algunos se alejan para no ser molestados y vuelven a dormirse, se olvidan de mí. Para el Topo, tras los vidrios oscuros del auto y los oscuros vidrios de sus anteojos, debo ser pequeño y ridículo, aferrado a la pala y rodeado de perros que ahora vuelven a dormir. Uno blanco, manchado, le gruñe a otro negro y cuando el negro le da un tarascón un tercer perro se acerca, ladra y muestra los dientes. Entonces el primero muerde al negro y el negro, los dientes afilados, lo toma por el cuello y lo sacude. Levanto la pala y el golpe cae sobre las costillas del manchado que, aullando, cae. Está quieto, va a ser fácil transportarlo, pero cuando lo tomo por las patas reacciona y me muerde el brazo, que enseguida comienza a sangrar. Levanto otra vez la pala y le doy un golpe en la cabeza. El perro vuelve a caer y me mira desde el piso, con la respiración agitada, pero quieto.

Lentamente al principio y después con más confianza junto las patas, lo cargo y lo llevo hacia el auto. Entre algunos árboles se mueve una sombra, el borracho que se asoma dice que eso no se hace, que después los perros saben quién fue y se lo cobran. Ellos saben, dice, saben, ¿entiende?, y se acuesta en un banco. Cuando voy llegando al auto veo al Topo sentado, esperándome en la misma posición en la que estaba antes, y sin embargo veo abierto el baúl del Peugeot. El perro cae como un peso muerto y cuando cierro el baúl me mira. En el auto, el Topo sigue mirando hacia delante. Dice: si lo dejaba en el piso se levantaba y se iba. Sí, digo. No, dice, antes de irse tenía que abrir el baúl. Sí, digo. No, tenía que hacerlo y no lo hizo, dice. Sí, digo, y me arrepiento enseguida, pero el Topo no dice nada y me mira las manos. Miro las manos, miro el volante y veo que todo está manchado, hay sangre en mi pantalón y sobre la alfombra del auto. Tendría que haber usado guantes, dice. La herida duele. Viene a matar a un perro y no trae guantes, dice. Sí, digo. No, dice. Ya sé, digo, y me callo. Prefiero no decir nada del dolor. Enciendo el motor y el coche sale suavemente.

Trato de concentrarme, descubrir cuál de todas las calles que van apareciendo podría llevarme al puerto sin que el Topo tenga que decir nada. Ya no puedo darme el lujo de otra equivocación, Quizá estaría bien detenerse en una farmacia y comprar un par de guantes, pero los guantes de farmacia no sirven y las ferreterías a esta hora están cerradas. Una bolsa de nylon tampoco sirve. Puedo quitarme la campera, enrollarla en la mano y usarla de guante. Sí, voy a trabajar así. Pienso lo que dije: trabajar, me gusta saber que puedo hablar como ellos. Tomo la calle Caseros, creo que baja hasta el puerto. El Topo no me mira, no me habla, no se mueve, mantiene la mirada hacia delante y la respiración suave. Creo que le dicen el Topo porque debajo de los anteojos tiene ojos pequeños.

Después de varias cuadras Caseros cruza Chacabuco. Después Brasil, que sale al puerto. Volanteo y entro con el coche inclinándose hacia un lado. En el baúl, el cuerpo golpea contra algo y después se oyen ruidos, como si el perro todavía tratara de levantarse. El Topo, creo que sorprendido por la fuerza del animal, sonríe y señala a la derecha. Entro por Brasil frenando y con el coche de costado otra vez hay ruido en el baúl, el perro tratando de arreglárselas entre la pala y las otras cosas que hay atrás. El Topo dice: frene. Freno. Dice: acelere. Sonríe, acelero. Más, dice, acelere más. Después dice frene y freno. Ahora que el perro se golpeó varias veces, el Topo se relaja y dice: siga. Y ya no dice nada más. Sigo. La calle por la que conduzco ya no tiene semáforos ni líneas blancas, y las construcciones son cada vez más viejas. En cualquier momento llegamos al puerto.

El Topo señala a la derecha. Dice que avance tres cuadras más y doble a la izquierda, hacia el río. Obedezco. Enseguida llegamos al puerto y detengo el auto en una playa de estacionamiento ocupada por grandes grupos de containers. Miro al Topo pero no me mira. Sin perder tiempo, bajo del auto y abro el baúl. No preparé el abrigo alrededor del brazo pero ya no necesito guantes, ya está todo hecho, hay que terminar pronto para irse. En el puerto vacío sólo se ven, a lo lejos, luces débiles y

amarillas que iluminan un poco unos cuantos barcos. Quizá el perro ya esté muerto, pienso que sería lo mejor, que la primera vez le tendría que haber pegado más fuerte y seguro ahora estaría muerto. Menos trabajo, menos tiempo con el Topo. Yo lo hubiera matado directamente, pero el Topo hace las cosas así. Son caprichos. Traerlo medio muerto hasta el puerto no hace más valiente a nadie. Matarlo delante de todos esos otros perros era más difícil.

Cuando lo toco, cuando junto las patas para bajarlo del auto, abre los ojos y me mira. Lo suelto y cae contra el piso del baúl. Con la pata delantera raspa la alfombra manchada de sangre, trata de levantarse y la parte trasera del cuerpo le tiembla. Todavía respira y respira agitado. El Topo debe estar contando el tiempo. Vuelvo a levantarla y algo le debe doler porque aúlla aunque ya no se mueve. Lo apoyo en el piso y lo arrastro para alejarlo del auto. Cuando vuelvo al baúl a buscar la pala el Topo se baja. Ahora está junto al perro, mirándolo. Me acerco con la pala, veo la espalda del Topo y detrás, en el piso, el perro. Si nadie se entera de que maté a un perro nadie se entera de nada. El Topo no gira para decirme ahora. Levanto la pala. Ahora, pienso. Pero no la bajo. Ahora, dice el Topo. No la bajo ni sobre la espalda del Topo ni sobre el perro. Ahora, dice, y entonces la pala baja cortando el aire y golpea en la cabeza del perro que, en el suelo, aúlla, tiembla un momento, y después todo queda en silencio.

Enciendo el motor. Ahora el Topo va a decirme para quién voy a trabajar, cuál va a ser mi nombre, y por cuánta plata, que es lo que importa. Tomá Huergo y después doblá en Carlos Calvo, dice.

Hace rato que conduzco. El Topo dice: en la próxima frene sobre el lado derecho. Obedezco y por primera vez el Topo me mira. Bájese, dice. Me bajo y él se pasa al asiento del conductor. Me asomo por la ventanilla y le pregunto qué va a pasar ahora. Nada, dice: usted dudó. Enciende el motor y el Peugeot se aleja en silencio. Cuando miro a mi alrededor me doy cuenta de que me dejó en la plaza. En la misma plaza. Desde el centro, cerca de la fuente, un grupo de perros se incorpora poco a poco y me mira.

Mujeres desesperadas

Al asomarse a la ruta, Felicidad comprende su destino. Él no la ha esperado y, como si el pasado fuese tangible, ella cree ver en el horizonte el débil reflejo rojizo de las luces traseras del auto. En la oscuridad llana del campo sólo hay desilusión y un vestido de novia.

Sentada sobre una piedra junto a la puerta del baño concluye que no debió haber demorado tanto, que quizá las cosas debieron haber sucedido más rápido. Le resulta extraño encontrarse allí, quitando del bordado del vestido granitos de arroz, sin nada más que el campo, la ruta y, junto a la ruta, un baño de mujeres.

Pasa un tiempo en el que Felicidad logra desprenderse de todos los granitos de arroz. No llora todavía, sino que, absorta en un shock de abandono, corrige los pliegues del vestido, analiza sus uñas, y contempla, como quien espera el regreso, la ruta por la que él se ha alejado.

—No vuelven —dice Nené, y Felicidad grita espantada por el susto como si esa mujer que ahora la mira fuese un espectro maligno.

—La ruta es una mierda —dice Nené, que acostumbrada a la histeria femenina no hace caso a los gritos de Felicidad y con movimientos relajados enciende un cigarrillo —. Una mierda, de lo peor.

Felicidad logra controlarse y entre los restos del temblor se reacomoda los breteles.

—¿El primero? —pregunta Nené y espera sin aprecio que el coraje de Felicidad le permita dejar de temblar para mirarla con interrogación—, te pregunto si el tipo es tu primer marido.

Felicidad logra una sonrisa forzada. Descubre en Nené el rostro viejo y amargo de una mujer que de seguro ha sido mucho más hermosa que ella. Entre las marcas de una vejez prematura se conservan los ojos claros y unos labios de perfectas dimensiones.

—Sí, el primero —dice Felicidad con esa timidez que lleva el sonido hacia adentro.

Una luz blanca aparece en la ruta, la ilumina al pasar, y se esfuma con su tono rojizo.

—¿Y qué? ¿Vas a esperarlo? —pregunta Nené.

Felicidad mira la ruta, el lado por el que, de volver su marido,ería aparecer el auto, y no se anima a responder.

—Mirá —dice Nené—, te la hago corta porque esto no da para más. —Pisa el cigarrillo como enfatizando las frases—: Se cansan de esperar y te dejan, parece que esperar los agota.

Felicidad sigue con cuidado el movimiento repetitivo de un nuevo cigarrillo que la mujer se acerca a la boca, del humo que se mezcla en la oscuridad, de los labios que otra vez aprietan el cigarrillo.

—Entonces ellas lloran y los esperan... —continúa Nené—, y los esperan... Y sobre todo lo demás, y durante todo el tiempo: lloran, lloran y lloran.

Felicidad deja de seguir el recorrido del cigarrillo. Cuando más necesita del apoyo fraternal, cuando sólo otra mujer podría entender lo que ella siente junto a un baño de damas, en la ruta, tras haber sido abandonada por su reciente esposo, sólo tiene a esa mujer arrogante que antes le hablaba y ahora le grita.

—¡Y siguen llorando y llorando a cada hora, cada minuto de todas las malditas noches!

Felicidad respira profundamente, sus ojos se llenan de lágrimas.

—Y meta llorar y llorar... Y le voy a decir algo. Esto se acaba. Estamos cansadas, agotadas, de escuchar sus estúpidas desgracias. Nosotras, señorita... ¿Cómo dijo que se llamaba?

Felicidad quiere decir Felicidad, pero sabe que si abre la boca sólo saldrá el sonido de un llanto ahora incontenible.

—Hola... ¿se llamaba...?

Entonces el llanto es incontenible.

—Fe, li... —Felicidad trata de controlarse, y aunque no lo logra resuelve la frase —:... ciudad.

—Bueno Feli-cidad, le decía que nosotras no podemos seguir soportando esta situación, esto se acaba, ya es insostenible. ¡Felicidad!

Tras una gran aspiración también ruidosa el llanto vuelve a expandirse y humedece todo el rostro de Felicidad que tiembla al respirar y niega con la cabeza.

—No lo puedo creer, que... —Felicidad respira—, que que me haya...

Nené se incorpora. Estampa en la pared, con fuerza, el cigarrillo que aún no ha terminado, mira con desprecio a Felicidad y se aleja.

—¡Desconsiderada! —le grita, y unos segundos después se incorpora ella también y la alcanza campo adentro.

—Espere... No se vaya, entienda...

Nené se detiene y la mira.

—Cállese —dice Nené y enciende otro cigarrillo—. Cállese, le digo, y escuche.

Felicidad deja de llorar y traga lo que podrían ser los comienzos de nuevos brotes de pena que se avecinan y aguardan impacientes.

Entonces hay un momento de silencio en el que Nené no siente alivio sino que, aún más afligida y nerviosa que antes, dice:

—Bueno, ahora escuche. ¿Lo siente? —Nené mira hacia el campo.

Ahora Felicidad hace verdadero silencio y se concentra.

—Lloró demasiado, ahora tiene que esperar que se le acostumbre el oído. Y... ¿Oye?

Felicidad mira hacia el campo y tuerce un poco la cabeza. Como los perros, piensa Nené, y espera impaciente que Felicidad por fin comprenda.

—Lloran... —dice Felicidad, en voz baja y casi con vergüenza.

—Sí. Lloran. ¡Sí, lloran! ¡Lloran toda la maldita noche! —Nené señala su rostro —: ¿No me ves la cara? ¿Cuándo dormimos? ¡Nunca!, nun-ca. Lo único que hacemos

es oírlas todas las malditas noches. Y no lo vamos a soportar más, ¿se entiende?

Felicidad la mira asustada. En el campo voces y llantos de mujeres quejumbrosas repiten los nombres de sus maridos una y otra vez.

—¿A todas las dejan?

—¡Y todas lloran! —dice Nené.

Entonces gritan:

—Psicótica.

—Desgraciada, insensible.

Y otras voces se suman:

—Déjanos llorar, histérica.

Nené mira furiosa hacia todos lados. Nerviosa y más enojada que antes, grita al campo:

—¿Y qué hay de nosotras, mariconas...? ¿Qué hay de las que hace más de cuarenta años que estamos acá, también abandonadas, y tenemos que oír sus estúpidas penitas todas las malditas noches?, ¿eh?, ¿qué hay?

Hay un silencio en el que Felicidad mira con espanto a Nené.

—¡Tomate un calmante! ¡Loca!

Aunque están campo adentro ven que en la ruta, a su altura, una luz blanca se detiene frente al baño.

—Otra —dice Nené, y como si este episodio fuese el último que puede soportar, su cuerpo se relaja. Nené, agotada, se sienta en el piso.

—¿Otra? —pregunta Felicidad—. ¿Otra mujer? Pero... ¿La va a abandonar? Por allí la espera...

Nené se muerde los labios y niega. En el campo los gritos son cada vez menos amistosos.

—¡Vení, turrita! A ver cómo venís y das la cara...

—Vení ahora que no estás con tus amiguitas rebeldes...

—¡Insípida!

Felicidad toma la mano de Nené y trata de levantarla.

—¡Hay que hacer algo! ¡Hay que avisarle a esa pobre chica! —dice Felicidad.

Pero después se detiene y permanece en silencio, porque Felicidad ha visto, como quien ve sin estar preparado, la imagen exacta de su penoso pasado reciente, el auto que se aleja sin que la mujer que ha bajado haya tenido oportunidad de volver a subir, y de qué forma las luces, antes blancas y brillantes, ahora rojizas, se alejan.

—Se fue —dice Felicidad—, se fue sin ella. —Y como antes lo hizo Nené, deja que su cuerpo se desplome en el piso. Nené apoya su mano sobre la mano de Felicidad.

—Siempre es así, querida. Es inevitable. En la ruta al menos... Siempre.

—Pero... —dice Felicidad.

—Siempre —dice Nené.

—¿Dónde estás, turra?, ¡hablá!

Felicidad mira a Nené y comprende cuánto más grande es la tristeza de aquella mujer comparada con la suya.

—¡Infeliz!

—¡Vieja fea!

—¡Cuando vos ya estabas acá llorando nosotras todavía salíamos con ellos, desgraciada!

Algunas voces dejan de gritar para reírse.

—¡Déjenla en paz! —dice Felicidad. Se acerca a Nené y la abraza como se abraza a una niña.

—Ay... Qué miedo —dice una de las voces—, así que ahora tenés compañerita...

—Yo no soy compañerita de nadie —dice Felicidad—, sólo trato de ayudar...

—Ay... Sólo trata de ayudar...

—¡Cállense! —dice Nené, y al hacerlo se aferra a los brazos de Felicidad, como si necesitara de más fuerza que la propia para enfrentar a aquellas mujeres.

—¿Saben por qué la dejaron en la ruta?

—¡Porque es una morsa flaca!

—No, la dejaron porque... —se ríen—, porque mientras ella se probaba su vestidito de novia, nosotras ya nos acostábamos con su maridito...

Todas se ríen.

—Miren, ahí viene otra...

Las voces cada vez se oyen más cerca. Se hace difícil separar a las que lloran de las que ríen.

Desde el baño de la ruta la figura de una mujer pequeña avanza hacia Nené y Felicidad a paso lento.

—¡Turra!

A medida que la mujer se acerca descubren la cara de horror de una vieja que poco comprende. Vestida en tonos dorados, deja ver en su escote el sensual encaje negro de una prenda interior. Cada tanto, se detiene y contempla la ruta. Ya cerca, antes de que pueda preguntar algo, Felicidad se adelanta con la voz entrecortada por la angustia.

—Siempre. En la ruta siempre, abuela.

La vieja endereza su postura y mira indignada hacia la ruta.

—¿Pero cómo...?

Felicidad la interrumpe:

—No llore, por favor...

—Pero no puede ser... —dice la vieja, y en la desilusión cae de su mano al piso la libreta de matrimonio. Mira con desprecio la ruta por la que se ha ido el coche y dice sin vergüenza, viejo impotente...

—¡Vení, turra!

—¡Por qué no se callan, cotorras! —grita Nené.

La vieja mira con espanto.

—¡Urracas! —Nené insiste y se incorpora con violencia.

—¡Te vamos a agarrar, culebra!

En busca de comprensión, la vieja mira a Felicidad, que al igual que Nené se ha incorporado y estudia con angustia la oscuridad del campo.

—Poné la cara, vení —las voces de las mujeres se oyen cada vez más cerca.

Felicidad y Nené se miran. Bajo los pies sienten el temblor de un campo por el que avanzan cientos de mujeres desesperadas.

—¿Qué pasa? —dice la vieja—, ¿qué son esas voces, qué quieren? —se agacha, recoge la libreta y como Felicidad y Nené, retrocede hacia la ruta sin voltearse, sin perder de vista la masa negra de la oscuridad del campo que parece acercarse a ellas cada vez más.

—¿Cuántas son...? —dice Felicidad.

—Muchas —dice Nené—, demasiadas.

Los comentarios y los insultos son tantos y tan cercanos que es inútil responder o tratar de llegar a un acuerdo.

—¿Qué hacemos? —dice Felicidad. En el tono de su voz los signos del llanto contenido. Retroceden cada vez más rápido.

—No se te ocurra llorar —dice Nené.

La vieja se toma del brazo de Felicidad, se aferra al vestido de novia y lo arruga en sus manos nerviosas.

—No se asuste, abuela, todo está bien —dice Felicidad, pero las burlas son ya tan fuertes que la vieja no alcanza a entender.

Ya sobre la ruta, a lo lejos, un punto blanco crece como una nueva luz de esperanza. Quizá Felicidad piense ahora, por última vez, en el amor. Quizá piense para sí misma: que no la deje, que no la abandone.

—Si para nos subimos —grita Nené.

—¿Qué dice? —pregunta la vieja.

Ya están cerca del baño.

—Que si el auto para... —dice Felicidad.

—¿Cómo? —insiste la vieja.

El murmullo avanza sobre ellas. No las ven, pero saben que las mujeres están ahí, a pocos metros. Felicidad grita. Algo como manos, piensa, le roza las piernas, el cuello, la punta de los dedos. Felicidad grita y no entiende las órdenes de Nené que se ha alejado y le indica que agarre a la vieja y corra. El coche se detiene frente al baño. Nené se vuelve hacia Felicidad y le ordena que avance, que arrastre a la vieja. Pero es la vieja quien reacciona y arrastra a Felicidad hacia Nené, que espera que la mujer se baje para sentarse ella y obligar al hombre a conducir.

—No me sueltan —grita Felicidad—, no me sueltan —mientras espanta desesperada las últimas manos que la retienen.

La vieja empuja. Otra vez ha dejado caer la libreta de matrimonio y ahora tira de Felicidad con todas sus fuerzas porque ya no importa nada, piensa, ni la libreta, ni el

encaje, ni el poco amor que creyó haber conseguido.

Nené espera ansiosa que se abra la puerta, que la mujer baje. Ella sabe, piensa Nené, sabe y no se baja. Pero el que se baja es él. Con las luces recortando el camino, aún no ha visto a las mujeres y baja apurado buscando en su pantalón la hebilla de la bragueta con la que bajará el cierre. Entonces el barullo aumenta. Las risas y las burlas se olvidan de Nené y se dirigen pura y exclusivamente a él. Llegan a sus oídos. En los ojos del hombre, el espanto de un conejo frente a las fieras. Se detiene pero ya es tarde. Nené ha subido al auto. Abre la puerta trasera, por la que ahora suben Felicidad y la vieja, y a la vez sostiene a la mujer que la mira con espanto e intenta zafarse.

—Sosténganla —dice Nené, suelta a la mujer para dejarla en manos de la vieja que sin preguntar obedece la orden.

—Si se quiere bajar dejala —dice Felicidad—, por ahí ellos sí se quieren y nosotros no tenemos por qué meternos.

La mujer logra zafar de la vieja pero no se baja, dice qué quieren, de dónde vienen, una pregunta tras otra, hasta que Nené le abre la puerta y con un gesto le da la opción de bajar.

—Bajá, rápido —le dice.

Desde el auto se escuchan los gritos de las mujeres y frente a ellas permanece, despegada de la oscuridad por las luces del auto, la figura inmóvil y aterrada de un hombre que ya no piensa en lo mismo que pensaba hace un rato.

—No me bajo nada —dice la mujer. Mira al hombre sin aprecio y después a Nené —: Arrancá antes de que vuelva —dice, y traba la puerta de su lado.

Nené enciende el motor. El hombre oye el automóvil y se vuelve para mirar.

—¡Arranca! —grita la mujer.

La vieja aplaude nerviosa, dice dele mujer, y aprieta con firmeza la mano de Felicidad que con espanto mira al hombre que se acerca. Con dos ruedas laterales fuera de la ruta, el auto patina sobre el barro. Nené mueve el volante sin control y por un momento los faros del coche iluminan el campo. Pero lo que se ve entonces no es justamente el campo: la luz del auto se pierde en la inmensidad de la noche pero alcanza para diferenciar en la oscuridad la masa descomunal de centenares y centenares de mujeres que corren hacia el auto, o mejor dicho hacia el hombre que, entre ellas y la multitud, aguarda inmóvil la llegada como se espera la muerte.

Una patada de la mujer sobre el pie de Nené activa el acelerador y, con la imagen de las mujeres ya sobre el hombre, Nené logra regresar el auto a la ruta. El motor esconde los gritos y las burlas y pronto todo es silencio y oscuridad.

La mujer se acomoda en el asiento.

—Nunca lo quise —dice la mujer—, cuando se bajó pensé en tomar el volante y dejarlo en la ruta, pero no sé, el instinto maternal...

Ninguna de las mujeres le presta atención. Todas, incluso ella ahora, prefieren ver el pequeño espacio de la ruta que dibujan las luces y permanecer en silencio. Es

entonces cuando sucede.

—No puede ser —dice Nené.

Frente a ellas, a lo lejos, el horizonte comienza a iluminarse de pequeños pares de luces blancas.

—¿Qué? —dice la vieja—. ¿Qué pasa?

La mujer permanece en silencio y cada tanto mira a Nené, como esperando de ella la respuesta.

Los pares de luces crecen, avanzan rápido hacia ellas. Felicidad se asoma entre los asientos delanteros.

—Vuelven —dice, sonríe y mira a Nené.

En la ruta Nené contempla los primeros pares de luces que ya como autos pasan junto a ellas y los otros tantos que se van acercando. Enciende un cigarrillo y advierte tras su asiento los movimientos alegres de Felicidad.

—Son ellos —dice Felicidad—, se arrepintieron y vuelven a buscarlas.

—No —dice Nené, suelta una bocanada de humo y agrega—: vuelven por él.

El destinatario

El barco, que se había inclinado, permaneció inmóvil. Desde la escotilla adiviné el muelle, pequeño en la noche que escondía la selva bajo una sola forma. Nos habíamos detenido en tantos pueblos, en tantos muelles, y todos tan oscuros, tan silenciosos y escondidos, que yo había perdido la ansiedad y permanecía en mi recámara para disfrutar en las noches de descanso el silencio de la embarcación deshabitada.

Imaginé los hechos aún antes de que sucedieran, como si Flishvein me fuese dictando los pasos: El capitán que me mira y señala el pueblo, mis manos que toman el sobre y lo guardan en el bolsillo, la tripulación que abandona el barco. Ese era el lugar.

Había pasado tanto tiempo que pensar en Flishvein muriendo en su habitación, ordenándome que entregara el sobre, no parecía razón suficiente para encontrarme en un sitio como aquel. Tanto que, al releer el destinatario, tuve la sensación de no haberlo hecho nunca, de ver por primera vez el nombre de «Xhul Acher».

El muelle desembocaba en una ancha calle de tierra, apenas cinco cuadras que sin rastro terminaban frente al paredón oscuro de una selva que lo envolvía todo. Me sorprendió el silencio, la tranquilidad de un pueblo escaso en el que hacía sólo segundos había anclado mi tripulación de más de treinta hombres. Sin embargo encontraba las calles vacías, las puertas cerradas, algún farol amarillento que sacudido por la brisa golpeaba la pared. En otros pueblos había visto a los hombres desembarcar nerviosos, escabullirse en grupo por tabernas y prostíbulos y aprovechar frenéticos las pocas horas de la noche en tierra. Pero allí sólo un letrero aclaraba «bar» colgado del umbral de una construcción pequeña. Dentro, una mujer fregaba nerviosa las copas en desuso, ni rastro de los hombres. Entré y pregunté por Xhul Acher. Ella me hizo repetir el nombre un par de veces y al fin hizo un gesto de negación. «Si no lo conozco, no es del pueblo: debe ser del desfile.» Depositó sobre la barra un nuevo juego de copas oscuras y comenzó a lustrar la primera de ellas. Dije que había llegado en el barco, que partiríamos pronto, que no había tiempo para esperar. Preguntó qué barco y señalé hacia el puerto, como si ella pudiera ver el mar a través de la pared. «No sé de ningún barco», dijo, dejó la copa brillante del otro lado de la barra y tomó una nueva copa, «de todos modos sucede en cualquier momento» agregó. Pedí un trago y elegí una mesa, debería esperar.

Cuando, más tarde, pagué la cuenta y salí a la calle, aún me costaba imaginar un desfile en un pueblo vacío, en cinco cuadras oscuras atrapadas entre el mar y la selva. Para apurar el paso del tiempo decidí caminar, recorrer varias veces la misma calle. La inmovilidad resaltaba los mínimos cambios: una luz que se apaga, una rata que cruza la calle de lado a lado, peces en el agua. Desde la última cuadra estudié la selva. Por curiosidad, o quizás porque no había nada más que hacer, calculé por dónde entraría el desfile. No desde la selva, eso era imposible, y tampoco llegaría por mar, porque de ser así ya se verían las luces de la embarcación. Quizás el mismo pueblo saliera de sus casas, todos vestidos de fiesta, para bailar o festejar algún hecho

memorable. Pero cualquier opción me parecía ridícula, y también era ridículo permanecer allí solo, a kilómetros de distancia de un hogar que había abandonado hacía tiempo. Entonces escuché los primeros ruidos.

El principio fue confuso. Recuerdo las acciones apresuradas, la alarmante rapidez con que los pobladores cerraron las ventanas, trabaron las puertas y apagaron las luces. En pocos segundos sólo quedaba en la calle la escasa claridad de la noche. Y, fragmentados, indescifrables al principio, los ruidos que antes parecían lejanos ahora anticipaban su cercanía. Acometían desde el mar, desde la selva. De los sonidos se desprendían tambores, aplausos, el ruido del inexorable paso de una multitud. Carretas, gritos, olor a carne ahumada y también a alcohol, todo me envolvía, todo me advertía que no debía permanecer allí, solo, el único hombre en toda la calle.

Con la cercanía pude precisar cuántos tambores eran, cuánta gente. Un resplandor amarillento revelaba las sombras, figuras negras que, asomadas tras las casas, crecían gigantescas sobre la angosta línea de tierra que separaba las construcciones de la oscura muralla de la selva. Sostenidas por palos largos, vi máscaras como banderas asomarse entre los techos de las casas transversales. Máscaras que brillaban, dibujos que sonreían adornados con largas tiras de tela sacudidas por el baile y avanzaban hacia mí.

Aún conservo la imagen de la multitud que entraba al pueblo. Hombres morenos, blancos, altos, bajos, niños, mujeres. Un paso monótono guiaba las primeras filas. Detrás, todo se desordenaba en bailes, fuego, gritos, el fuerte aliento del alcohol. Alguien me empujó, o algo, y otra vez, y otra. Me vi obligado a avanzar entre la multitud, hacia el río. No alcanzaba a verlo, pero sabía que seguíamos esa dirección. Una mujer de manos frías tomó mis manos y me guio por entre un grupo que bailaba. Luego, cuando perdí las manos de la mujer, alguien me colocó una máscara. Alguien, después, me sacó esa máscara y me colocó otra. Un niño se acercó hacia mí, reía, y sin dejar de mirarme bailó a mi alrededor. Pensé que ya habíamos avanzado mucho, que ya deberíamos llegar al muelle, pero el desfile continuaba. Me rodeaban carros, gente que no dejaba de bailar, hombres que insistían en ofrecerme carne ahumada.

Nuevas manos tomaron las mías y me condujeron a otros sectores donde también se bailaba. Más hombres reían, hombres enmascarados. Tambores, trompetas, instrumentos desconocidos para mí. Una máscara que me pareció haber visto antes volvió a acercarse para volver a perderse. Me asombró comprobar lo fuertes que eran esos cuerpos. En mi intento por seguir la marcha apenas lograba mantenerme en pie. Ellos, en cambio, avanzaban o retrocedían según pautas que me eran ajenas, gritando y ofreciendo al cielo sus máscaras gigantes. Recordé el sobre y con el sobre lo que dijo la mujer de la taberna: Acher debía estar aquí, en el desfile. Miré a los lados, intenté imaginar los rostros bajo las máscaras, como si pudiese reconocer en ellas a quien nunca había visto.

Alguien me empujó y bailó sin dejar de mirarme. Dudé, pero al fin dije el nombre, no me animé a más, dije Xhul Acher sólo para escuchar mi propia voz

perderse entre el tumulto; repetí, más fuerte todavía, Acher, Xhul Acher, pero no había forma, los ruidos eran demasiado intensos. Otros, hombres o mujeres, se unieron al baile del primero. Dejé que el desfile me llevara, no podía durar mucho más, hacía rato que debíamos haber llegado al muelle. Después de un tiempo comencé a dudar sobre si realmente habría un final: el pueblo tenía cuatro cuadras hacia el río, y el desfile avanzaba por ellas desde hacía más de media hora.

De a poco los sonidos se hicieron más fuertes y ahora llegaban a mí como uno solo, agudo y violento, que me nublaba la vista, me estremecía el cuerpo y me quitaba el control.

Entonces vi a la niña, tan distinta a todos los que me rodeaban. No era parte del desfile: caminaba asustada entre las piernas del resto y no llevaba disfraz. Habrá pensado lo mismo de mí, porque me vio y también se esforzó por acercarse. Pero ellos, que tal vez supieran lo que necesitábamos, evitaron el encuentro. Se interpusieron entre nosotros, nos desviaron una y otra vez, nos obligaron a adelantarnos, a retrasarnos, a perdernos de vista en varios momentos. Llegamos a estar cerca: ella estiró sus brazos y tocó la punta de mis dedos, dijó algo que no pude entender, palabras que pudieron haber sido «Xhul Acher», y su imagen desapareció tras uno de los carros. Pensé que Xhul Acher podía ser ella. Como estaba agotado, fue fácil abstraerme de los ruidos e imaginarla en silencio. La llamé Xhul Acher, y cuando giró para verme la descubrí llevando una máscara. Los ruidos, de pronto, cesaron.

Desperté en el centro del pueblo, sobre la tierra, en el mismo lugar del que había partido con el desfile: la oscura calle vacía y el silencio. Traté de incorporarme, pero me sentía débil y opté por permanecer un momento en el piso. Entonces volvieron los sonidos, tan reales como la vuelta de llave de una puerta y una mujer que, desesperada, sale de la casa, cruza la calle y golpea otra puerta con la furia de quien golpea al culpable de su propia muerte. Alguien abrió la puerta, abrazó y consoló a la mujer mientras una tercera persona, quizás el marido, salió de la primera casa, dio unos pasos y se dejó caer en medio de la calle. Lo vi llorar sobre la tierra, preguntarse por qué su hija, por qué si la niña nunca salió. «Yo la vi» dije, pero ninguno de los tres dijo nada. «Yo vi a la niña» repetí a la primera mujer, la tomé con fuerza del brazo para volver a gritar «vi a la niña» casi a su oído. Ella se hizo a un lado, gritó aún más fuerte. Después, con cautela, estudió las sombras de la calle, las puertas de ambas casas que permanecían abiertas. «Todavía están acá», dijó a la vez que retrocedía, «están acá», repitió en voz baja. Se miraron asustados y de común acuerdo corrieron a sus casas y trabaron las puertas.

Permanecí inmóvil. De pie en la oscuridad pensé en la niña y miré hacia el muelle. Fue entonces que descubrí la luz, los primeros reflejos sobre el río, la orilla húmeda y, sólo más tarde, la imagen borrosa, lejana, increíble, del muelle de madera, el único muelle en miles de kilómetros, y vacío. Pensé en los padres de la niña que hacía un momento me habían conmovido y concluí que ahora, sin el barco, nadie era

tan desgraciado como yo. Un hombre que al principio fue un extraño y que después reconocí como Flishvein, caminó hacia mí desde el río. Le pregunté qué hacía él en ese lugar, qué hacía yo, por qué me había enviado hasta allí con el sobre, por qué a mí que me odiaba tanto, por qué no contestaba a ninguna de mis preguntas. Saqué el sobre del bolsillo y permití a Flishvein comprobar en mi rostro el resultado de reconocer, por fin, el nombre del destinatario. Al mirar otra vez el pueblo supe que entre el río quieto y la selva oscura, ese lugar no podía ser otro que el lugar de la muerte.

Agujeros negros

El doctor Ottone se detiene en el pasillo y, muy despacio al principio, comienza a balancearse sobre las plantas de sus pies, con la mirada fija en alguno de los azulejos blancos y negros que cubren todos los pasillos del hospital, así que el doctor Ottone está pensando. Después toma una decisión, vuelve a entrar al consultorio, prende las luces, deja sobre el sillón sus cosas y busca, entre todo lo que hay en su escritorio, la carpeta de la señora Fritchs, así que Ottone está ocupado con algún tema y se propone encontrar una solución, una repuesta al menos, o derivar ese tema a otro doctor, por ejemplo al doctor Messina. Abre la carpeta, busca una página determinada que encuentra y lee: «... *Agujeros negros. ¿Me entiende? Usted está acá, por ejemplo, y de pronto está en su casa, en su cama, con el piyama ya puesto, y sabe perfectamente que no ha cerrado el consultorio, ni apagado las luces, ni recorrido lo que tenga que recorrer para llegar a su casa, es más, ni siquiera se ha despedido de mí. ¿Entonces? ¿Cómo puede ser que usted esté en su cama con el piyama puesto? Bueno, eso es un espacio vacío, un agujero negro como le digo, un tiempo cero, como lo quiera llamar, ¿qué más si no?...*»

El doctor Ottone guarda la carpeta, recoge sus cosas, apaga las luces, cierra con llave y se dirige hacia el consultorio del doctor Messina, a quien está seguro de encontrar a esa hora. Ottone efectivamente encuentra a Messina pero dormido sobre el escritorio y con una estatuilla en la mano. Lo despierta y le entrega la carpeta de la señora Fritchs. Messina, un poco dormido aún, se pregunta, o le pregunta a Ottone, por qué se ha despertado con una estatuilla en la mano. Con un gesto, Ottone responde que no sabe. Messina abre el cajón de su escritorio y le ofrece una galleta a Ottone, galleta que Ottone acepta. Messina abre la carpeta.

—Lea la página quince —dice Ottone.

Messina busca, encuentra y lee, todo cuidadosamente, la página quince. Ottone espera atento. Cuando termina su lectura, Ottone le pide una opinión.

—¿Y usted cree en esto, Ottone?

—¿En agujeros negros?

—¿De qué estamos hablando?

Así que Ottone recuerda el vicio de Messina de responder sólo con preguntas y eso lo pone nervioso.

—Hablamos de agujeros negros, Messina...

—¿Y usted cree en eso, Ottone?

—No. ¿Y usted?

Messina abre otra vez su cajón.

—¿Quiere otra galleta, Ottone?

Ottone agarra la galleta que Messina le ofrece.

—¿Cree o no cree? —insiste Ottone.

—¿Yo conozco a esta señora...?

—... Fritchs, la señora Fritchs. No, no creo que la conozca, sólo vino a verme dos veces y es su primer tratamiento.

Alguien toca la puerta del consultorio y se asoma. Ottone reconoce al portero y pregunta:

—¿Qué necesita, Sánchez?

El portero explica con sorpresa que la señora Fritchs espera al doctor Ottone en la sala de ese piso. Messina recuerda al portero que son las diez de la noche y el portero explica que la señora Fritchs se niega a irse.

—No quiere irse, está en piyama, sentada en la sala y dice que no se va si no habla con el doctor Ottone, qué quiere que le haga yo...

—¿Por qué no la trajo, entonces? —pregunta Messina mientras mira la estatuilla.

—¿La traigo acá? ¿A su consultorio? ¿O al del doctor Ottone?

—¿Qué le pregunté yo a usted?

—Que porqué no la traje.

—¿No la trajo a dónde, Sánchez?

—Acá.

—¿Dónde es acá?

—A su consultorio, doctor.

—¿Entiende ahora, Sánchez? ¿A dónde tiene que traerla entonces?

—A su consultorio, doctor.

Sánchez se inclina levemente, saluda y se retira. Ottone mira a Messina, la mandíbula de Messina que opriime la fila de dientes superior con la inferior, así que Ottone está nervioso y aún espera una respuesta de Messina, doctor que comienza a guardar sus cosas y a acomodar papeles del escritorio. Ottone pregunta.

—¿Se va?

—¿Me necesita para algo?

—Dígame al menos qué opina, qué cree que conviene hacer. ¿Por qué no la ve usted?

Messina, ya desde la puerta del consultorio, se detiene y mira a Ottone con una leve, apenas marcada, sonrisa.

—¿Qué diferencia hay entre la Señora Fritchs y el resto de sus pacientes?

Ottone piensa en contestar, así que su dedo índice empieza a subir desde donde reposa hacia la altura de su cabeza, pero se arrepiente y no lo hace. Queda entonces el dedo índice de Ottone suspendido a la altura de su cintura, sin señalar ni indicar nada preciso.

—¿A que le tiene miedo, Ottone? —pregunta Messina y se retira cerrando la puerta, dejando a Ottone solo y con su dedo índice que baja lentamente hasta quedar colgado del brazo. En ese momento entra la Señora Fritchs. La señora Fritchs lleva un piyama, celeste, con detalles y puntillas blancas en cuello, mangas, cinto y otros extremos. Ottone deduce que esta señora está en un estado nervioso considerable, y deduce esto por sus manos, que ella no deja de mover, por su mirada y por otras cosas que, aunque comprueban esos estados, Ottone considera que no necesitan ser enumeradas.

—Señora Fritchs, usted está muy nerviosa, va a ser mejor si se calma.

—Si usted no me soluciona este problema yo lo denuncio doctor, esto ya es un abuso.

—Señora Fritchs, tiene que entender que usted está haciendo un tratamiento, los problemas que tenga no se van a solucionar de un día para el otro.

La Señora Fritchs mira indignada a Ottone, rasca el brazo derecho con la mano izquierda y habla.

—¿Me toma por estúpida? Me está diciendo que tengo que seguir dando vueltas por la ciudad en pijama, pijama en el mejor de los casos, hasta que usted decida que el tratamiento está terminado. ¿Para qué pago yo ese seguro médico, a ver?

Ottone piensa en el doctor Messina bajando las escaleras principales del hospital y esto le provoca diversas sensaciones, sensaciones en las que no va a profundizar ahora.

—Mire —dice Ottone con paciencia, empezando a balancearse, lentamente al principio, sobre las plantas de sus pies— cálmese, entienda que usted está con problemas psicológicos, usted inventa cosas para ocultar otras cosas más importantes. Todos sabemos que usted no pasea en pijama por el hospital.

La señora Fritchs desenrosca pliegues de las puntillas de su pijama, así que Ottone entiende que la charla será larga.

—Siéntese por favor, relájese, vamos a hablar un rato —dice Ottone.

—No, no puedo. Va a llegar mi marido a casa y yo no voy a estar, tengo que volver, doctor, ayúdeme.

Ottone desarrolla rápidamente la primera de las sensaciones postergadas de Messina bajando las escaleras. Aire entrando por las costuras del abrigo, entonces frío, un poco de frío.

—¿Tiene dinero para regresar?

—No, no llevo plata cuando ando en pijama por casa...

—Bueno, yo le presto para que vuelva a su casa y pasado mañana, en el horario que a usted le corresponde, hablamos de estos problemas que tanto le preocupan...

—Doctor, yo le acepto el dinero si quiere, y vuelvo a casa, perfecto. Pero ya le expliqué, sabe, dentro de un rato estoy acá de nuevo, y cada vez es peor. Antes pasaba cada tanto, pero ahora, cada dos o tres horas, zas, agujero negro.

—Señora...

—No, escuche, escúcheme. Me recupero, o sea, vuelvo a donde estaba. ¿Cómo le explico? A ver, desaparezco de casa y aparezco en casa de mi hermano, entonces me desespero, imagínese, tres de la mañana y aparezco en pijama, pijama en el mejor de los casos, en el cuarto matrimonial de mi hermano. Entonces trato de volver. ¿Sabe doctor qué sufrimiento? Hay que salir del cuarto, de la casa, todo sin que nadie se de cuenta, tomar un taxi, todo en pijama, doctor, y sin plata, imagínese, convencer al taxista de que le pago al llegar. Y cuando estoy por llegar, zas, fin del agujero y aparezco en casa otra vez.

Ottone aprovecha este tiempo para analizar la segunda sensación de Messina escaleras abajo. Entrada a un auto, ambiente más agradable, alivio al dejar el peso del portafolio en el asiento del acompañante.

—Aparte imagínese, andaba por casa siempre con dinero y un abrigo atado a la cintura del piyama, no sea cosa. Pero ahora no, basta, cuando caigo en agujeros ya no vuelvo. Si igual nunca llego, tomo taxis que casi nunca alcanzan a dejarme donde les pido. No, basta, ahora me quedo donde esté hasta que pase el agujero y listo.

—¿Y cuánto tiempo tardan en pasar estos agujeros negros?

—Y, vea, yo no puedo decirle con exactitud, una vez fui y volví en el momento, sin problema. Y otra estuve en casa de mi madre unas cuantas horas, diga que ahí sé donde están las cosas, preparé unos mates y paciencia, tardó tres horas, doctor, una vergüenza.

Ottone piensa en cuántos minutos ya ha estado la señora Fritchs en el hospital y no obtiene un número definido, quizás cinco, quizás diez, no sabe.

Sánchez toca la puerta del consultorio y se asoma. Ottone pregunta:

—¿Qué pasa, Sánchez?

—Lo busca el doctor Messina.

—Cómo, ¿no se fue?

—Sí, se fue, pero al rato estaba acá de vuelta, me parece que el doctor está un poco angustiado, anda a medio desvestir, o vestir, no sé decirle, doctor, y pregunta por usted.

—¿Qué pregunta, Sánchez?

—Si usted está, si puede usted hacerle el favor de ir a verlo. Me parece que está enojado, doctor...

El doctor Ottone mira a la señora Fritchs, señora que rasca con la mano derecha su brazo izquierdo y contesta la mirada de Ottone con un gesto recriminatorio.

—Va a tener que disculparme.

—No, lo acompañó.

—No, hágame el favor, señora, quédese acá. El doctor Messina enojado es ya de por sí todo un problema.

Sánchez acompaña la opinión de Ottone con un movimiento de cabeza y se retira caminando por el pasillo, pasillo que Ottone recorre ahora, unos metros detrás.

Se asoma Messina, minutos después, no sabe bien Messina después de qué, tras el biombo de su consultorio, para descubrir a la señora Fritchs sentada en un sillón. Messina mira su propia mano y se pregunta por qué tiene, otra vez, esa estatuilla. Mira desconcertado el escritorio, el lugar vacío donde la había dejado un rato atrás. Luego mira a la Señora Fritchs y la señora Fritchs, con las manos aferradas a los brazos del sillón, como si fuese a caer hacia o desde algún lado, mira al doctor Messina.

—¿Y usted quién es? ¿Qué hace en mi consultorio?

—El doctor Ottone dijo...

—¿Por qué está en piyama?

—El portero y el doctor Ottone fueron a buscarlo al...

—¿Usted es la señora Fritchs?

—Usted también está en piyama —dice la señora Fritchs mientras observa asustada la estatuilla en la mano del doctor.

Messina verifica su apariencia, plantea mentalmente distintas hipótesis sobre las razones de su propio paradero actual, deja la estatuilla en su lugar y acomoda el cuello de su camiseta hasta que éste queda centrado con respecto al eje del cuello, posición de camiseta que hace de Messina un hombre más seguro.

—¿Usted es la señora Fritchs?

—El doctor Ottone dijo que lo esperara acá.

—¿Yo le pregunté algo sobre Ottone, señora?

—Sí, soy la señora Fritchs, espero al doctor Ottone.

—¿Le parece que éste puede ser el consultorio de un doctor como el doctor Ottone?

—No sé, me parece que no, yo solamente lo espero.

Compara Messina mentalmente la figura de esa señora con la de su mujer y no obtiene ningún beneficio.

—¿Usted es la señora que tiene problemas con los agujeros negros?

—¿Usted no los tiene?

En ese momento Messina comprende algunas cosas, cosas de las que sólo rescata dos como planteos pertinentes. Primero, lo que puede estar pasándole; segundo, que tras la señora Fritchs se esconde una persona de suma inteligencia. Piensa una pregunta para comprobar el segundo planteo:

—¿Por qué espera al doctor Ottone?

—Ottone y el portero fueron a buscarlo a usted al hall. ¿Usted es el doctor...?

—¿Messina?

—Eso, Messina, necesito que alguien me ayude.

Messina busca y encuentra sobre su escritorio la carpeta de la señora Fritchs y, de espaldas a esta señora, revisa el contenido, a la vez que relaciona ideas de agujeros negros, gente en piyamas y estatuillas. Pregunta:

—¿Qué cree usted que nos esté pasando?

—A usted no sé doctor, pero a mí nada —responde Sánchez que entra por la puerta y le alcanza un juego de llaves. Messina mira rápidamente el sillón vacío donde un segundo antes estaba la señora Fritchs.

—¿Qué hace acá, Sánchez? ¿No tiene nada mejor que hacer?

Sánchez, brazo extendido hacia Messina con llaves enganchadas al extremo del dedo índice, habla:

—Acá tiene las llaves doctor. Yo me voy.

—¿A dónde se va usted? ¿Dónde está la Señora Fritchs?

—Mi horario termina a las diez, ya son diez y media, yo me voy.

—¿Dónde está la señora Fritchs?
—No sé, doctor, por favor tome las llaves.
—¿Y Ottone? ¿Dónde está Ottone?
—Lo está buscando a usted, doctor, yo me voy.

Messina sale de su consultorio sin tomar las llaves y recorre el pasillo de azulejos blancos y negros hasta el hall, donde encuentra a Ottone.

Pliega Ottone los dedos de su mano derecha hasta obtener un puño cerrado, sin aire en el interior, para luego forzar estos dedos con la mano izquierda, lo que produce una serie de crujidos en los nudillos, así que Ottone ha visto a Messina, está sumamente angustiado, y le desagrada ver a este doctor, el doctor Messina, a medio vestir, o desvestir, Sánchez no ha sabido decirle y él no alcanza ahora a elaborar una definición correcta.

Messina va a preguntarle algo pero descubre en su propia mano la estatuilla, así que se pregunta, o le pregunta a Ottone, por qué tiene esa estatuilla en la mano. Ottone, con un gesto, responde que no sabe. Messina abre el cajón de su escritorio y le ofrece una galleta a Ottone. Galleta que Ottone acepta sin preguntarse por qué ambos, Ottone y Messina, ya no se encuentran en el hall, sino en el consultorio del segundo de los doctores mencionados.

Y aunque Messina piensa en decirle algo a Ottone, decide que será mejor no hacerlo y simplemente deja la estatuilla sobre una mesada del hall, porque, en efecto, ya están otra vez en el hall y no en el consultorio del doctor Messina.

—¿Está usted bien? —pregunta Ottone.
—¿Usted cree que yo puedo estar bien en el estado en que me encuentro?
Observa Ottone la camiseta desarreglada de Messina.
—¿Qué opina ahora de esto, Messina?
—¿De qué?
—De los agujeros negros.
—¿Dónde está la señora Fritchs?
—Está en su consultorio.
—¿Me está cargando, Ottone? ¿No se da cuenta de que venimos de ahí?

Piensa Ottone en algo que no explica, y cuando ve a la señora Fritchs, corriendo, lejos, de un pasillo a otro, propone a Messina ir a buscar a esta señora. Abre grandes los ojos Messina y se acerca a Ottone como quien piensa en contar un secreto. Ottone escucha:

—¿No se da cuenta de que ella sabe?
—¿Que sabe qué cosa?
—¿Por qué cree usted que corre así la señora?

Amaga Ottone un nuevo crujimiento de sus dedos, pero Messina reacciona rápido, toma fuerte su muñeca, y dice:

—¿No se dio cuenta?
—¿De qué?

—¿No se dio cuenta de lo que pasó la última vez que usted crujió sus dedos?

—¿Estuvimos ahí?

—¿En un agujero negro?

—Sí?

—¿Hace falta que le responda?

Interrumpe la conversación el sonido de las llaves de la puerta, colgadas del dedo de Sánchez a la altura de la frente de ambos médicos. Sánchez:

—Las llaves, yo me voy.

Propone Messina a Sánchez:

—¿Por qué antes de irse no nos va a buscar a la señora?

A lo que asiente Ottone, contento, y agrega:

—Sí, traiga a la señora y le aceptamos las llaves.

Messina le señala a Sánchez los pasillos por donde, salteadamente, cruza la señora Fritchs, a veces caminando preocupada, a veces con paso presuroso. Da Messina unas palmaditas en la espalda de este Sánchez a quien Ottone sonríe y dice alegre:

—Vaya, Sánchez, vaya y traiga a la señora.

Mira Sánchez hacia los pasillos y ve un par de veces a la señora Fritchs cruzar de una puerta a otra. Luego mira al doctor Messina, al doctor Ottone, deja las llaves sobre la mesada del hall y explica a estos doctores:

—Yo soy el portero, mi turno terminó a las diez. Veo que tienen algunos problemas, pero yo no tengo nada que ver, no sé si me interpretan... —y se retira.

Messina mira las llaves que han quedado al lado de la estatuilla y luego, desesperanzado, mira a Ottone, doctor que a la vez mira a Messina, aunque sus percepciones tienen que ver ahora con otras cosas, cosas como Sánchez bajando las escaleras, Sánchez sintiendo el aire frío de la calle en la cara, Sánchez pensando en que siempre está más desabrigado de lo que debería, y que todo es culpa de su madre que, a diferencia de otras madres, nunca le recuerda las cosas. Piensa entonces Messina en Sánchez subiendo al colectivo ciento treinta y cuatro, ramal dos, o tres, los dos van, y cuando está a punto de pensar en Sánchez abriendo la puerta de su casa, casa lógicamente de este mismo Sánchez, lo que ve es a la señora Fritchs, o mejor dicho, no la ve, o más bien la ve desaparecer ante sus ojos. Entonces dice Messina al doctor Ottone:

—¿Vio eso, Ottone?

—¿Ver qué?

—¿No vio eso?

Ottone está a punto de responder, y este inminente momento se deduce por su dedo índice que, lentamente, comienza a ascender hacia la altura de su cabeza, pero cuando lo hace, cuando este dedo llega a la altura citada y Ottone enuncia sus primeras palabras, entonces este Doctor, el doctor Ottone, se encuentra no con el doctor Messina, sino con Clara, es decir su esposa, en su casa, los dos en pijama.

En un pasillo del hospital, ahora aún más lejos de su consultorio, Messina se pregunta, una vez más, qué hace ahí a esas horas de la noche, a medio vestir, o desvestir, con una estatuilla en la mano y, cuando va a preguntarse eso pero en voz alta, lo que queda ahora es, simplemente, el pasillo del hospital, vacío.